

## OBSERVACION

SOBRE

### EL MES DE MARÍA SANTÍSIMA

Dedicada toda esta *Segunda parte* del TESORO DE ORATORIA SAGRADA, exclusivamente á los PANEGÍRICOS DE MARIA SANTÍSIMA, relativos á todos los MISTERIOS, VIRTUDES y HECHOS de su VIDA, y á los principales títulos ó ADVOCACIONES con que la honran los fieles, y que la santa Iglesia ha consagrado; ordenando los discursos de manera, que todos los tomos que la componen, ya cada uno de por sí, ya conjuntamente, son á propósito para celebrar con fruto el mes de MAYO, mes dedicado en especial á la devocion tan felizmente generalizada en el órbe católico, llamado: MES DE LAS FLORES ó MES DE MARÍA; nos ha parecido oportuno terminar el séptimo y último tomo de este TESORO MARIANO, con discursos adecuados para principiar y concluir de un modo digno dicho mes de MAYO.

## INDULGENCIAS

CONCEDIDAS Á TODOS LOS FIELES QUE SANTIFICAN EL MES DE MARÍA.

A fin de que los fieles se estimulen en santificar el mes de Mayo, especialmente consagrado á la devocion de Maria, N. S. P. el Papa Pio VII, de santa memoria, quiso, que todo este mes fuese un Mes privilegiado, un Mes de gracia y de santificacion, durante el cual los tesoros espirituales de la Iglesia se prodigasen á manos llenas á favor de sus hijos. Por un rescripto de 21 de Marzo de 1815, dicho venerable Pontífice concedió á todos los fieles que obsequiasen á la Santísima Virgen, durante este Mes, con piadosas oraciones, ú otros ejercicios de piedad practicados en público ó en particular, trescientos días de indulgencia por cada día del Mes; é INDULGENCIA PLENARIA cualquier día que se escogiere del propio Mes; con la condicion, empero, de confesar, comulgar y rogar segun la intencion del Sumo Pontífice. Estas indulgencias son aplicables á las Almas del Purgatorio.

---

PREPARACION PARA CELEBRAR CON FRUTO EL MES DE MARÍA.

---

DIA 30 DE ABRIL.

---

DISCURSO I.

*Mensis iste vobis principium mensium, primus erit vobis in mensibus anni.*

Este mes ha de ser para vosotros el primero entre los meses del año.  
(Exod. XII, 2.)

Desde el día eternamente memorable, amados hermanos, en que la Santísima Virgen fué proclamada Madre nuestra por Jesucristo en la cruz, háse complacido la Iglesia católica en prestar continuamente nuevos homenajes al santo nombre de Maria, considerando como un deber suyo, ensalzar los inefables privilegios inherentes á su divina maternidad. Con este objeto, dispuso en honor de la Santísima Virgen una série misteriosa de festividades, que ha celebrado siempre con una magnificencia casi igual á la que ostenta en las solemnidades del divino Salvador. Al efecto, en cada año litúrgico, al paso que renueva la memoria de los grandes misterios de Dios hecho hombre, considerándole desde su humilde nacimiento en Belén hasta su Ascension triunfante á los Cielos, la enlaza con las bellas y poéticas fiestas de su augusta Madre, recordando su vida, desde su modesta cuna hasta su Asuncion gloriosa.

Hé ahí por qué, si la Iglesia católica une sus votos á los suspiros de los patriarcas y profetas, en las cuatro semanas del Adviento, con

la mira de preparar bien á sus hijos para que celebren la fiesta de Navidad; y si destina las seis semanas de la Cuaresma á ejercicios de mortificacion y penitencia, con la mira de que los fieles, despojándose del hombre viejo, como dice la Sagrada Escritura, resuciten con Jesucristo á una vida nueva en las solemnidades de la Pascua; no es de extrañar que la misma Iglesia, inspirada por el Espíritu de gracia y de verdad, haya aceptado en nuestros tiempos el piadoso pensamiento de destinar un mes á honrar especialmente á la Santísima Virgen, mes subsiguiente á las principales festividades; como si indicara con esto, que sus hijos, despues de restablecidos al estado de gracia, deben ponerse especialmente bajo el poderoso patrocinio de su tierna y querida Madre.

Ved aquí, amados hermanos, ved aquí, justos y pecadores, el tiempo favorable para implorar la divina misericordia; estos son los días, que para asegurar vuestra salvacion, la Virgen os ofrece, con el único deseo de contribuir á vuestra perfeccion. María os llama, dirigiéndoos las sentidas palabras que la Iglesia pone en sus lábios: El que me hallare, hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvacion; no la felicidad de un día, sinó la que el corazon del hombre, insaciable como es en sus afecciones y deseos, no sabe siquiera concebir. Oid, pues, la voz que os dirige María, movida por su misericordioso cariño, y franqueadle vuestros corazones.

Deseando, pues, inspiraros, hermanos míos, estos sentimientos, y enseñaros á tener en mucho la importancia de la devocion del Mes de María, voy á exponeros estos cuatro puntos: 1.º Los motivos de la institucion del Mes de María: 2.º Los fines de esta devocion: 3.º Sus ventajas. 4.º Los medios para obtener sus frutos. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por la intercesion de la misma Santísima Virgen, diciéndola: *A. M.*

Ni era difícil ni podia ser dudosa la eleccion del mes que había de destinarse, especialmente, al culto de la Virgen. Las maravillas del mundo de la naturaleza no son, por cierto, más que un pálido reflejo de las maravillas de la gracia; sin embargo, pueden, con mucha propiedad, simbolizarse en ellas. Hé ahí porqué la Iglesia nos ha representado siempre á María con poéticos emblemas, tomados del mundo de la realidad, de la naturaleza, llamándola: estrella de la mañana precursora del sol divino, deliciosa primavera, que promete á la tierra los copiosos frutos de la vida eterna; en tanto que la Sagrada Escritura, comparándola en su lenguaje poético con las más exquisitas

plantas que embellecen la tierra en la estacion de las flores, la llama: azucena de los campos, lirio de los valles, rosa que abre su cáliz en los jardines de Jericó, palma que crece hermosa y bella como las más bellas de Cades, olivo de los campos, y plátano que baña sus tiernos tallos en las aguas que le riegan. Ya veis, pues, amados oyentes, como los profetas nos habían indicado de antemano, el mes que debía consagrarse al culto de María Santísima; mes de completa primavera; mes de la esperanza y de las flores. No parece sinó que en estos bellos días, la naturaleza allega los más exquisitos tributos para ofrecerlos á la augusta Emperatriz de los Cielos y la tierra. Las luces con que piadosas doncellas adornan los altares de la Purísima Virgen, que llevó en su seno la luz del mundo; las aromáticas flores que ostentan sus colores á la luz de los cirios; la poesia, esa flor de la palabra, que consagra á la Madre de Dios sus inspirados cantos; las melodiosas voces con que se celebran las glorias de María; forman una armonía encantadora, un bellissimo concierto de las almas cristianas, que expresan con sincero afecto la fé, la esperanza y el amor, como un eco, aunque débil, del himno eterno que los ángeles entonan junto al trono de María en los Cielos.

Además, se ha establecido la devocion del mes de María para satisfacer la tierna devocion á esta augusta Reina. No cabe explicarse dignamente, cuán ingenioso ha sido el celo por la gloria de esta incomparable Virgen, buscando nuevos modos de honrarla y de dar mayor solemnidad á su culto. En todos los siglos ha establecido la Iglesia, una multitud de prácticas encaminadas á animar la devocion á María, y atraer sobre sus fieles devotos los tesoros de gracia de que es dispensadora. Así, por ejemplo, la institucion del Rosario y de su rezo, del Escapulario, de las *Ave-Marias*, de las romerías piadosas, de las procesiones, de los cantos, himnos y gozos, de órdenes sagradas, congregaciones y conferencias, erigidas bajo la invocacion de la Santísima Virgen; tantas fiestas establecidas en su honor, y tantas prácticas especiales que le están consagradas y que no pueden reducirse á número; son otros tantos frutos preciosos de la devocion á María, y nuevos medios de honrarla, propuestos sucesivamente á la devocion de los fieles. La rapidez con que se han generalizado estas santas prácticas, las bendiciones con que el Señor se ha dignado recompensarlas, las gracias espirituales con que la Iglesia las ha enriquecido, á fin de propagarlas entre sus hijos, manifiestan cuán saludables son, y cuán conformes con el espíritu de nuestra religion augusta. Lo propio ha sucedido en nuestros tiempos respecto al mes

de María; esta práctica tan provechosa y predilecta de las almas devotas, que, al parecer, se ha reservado para nuestros días, con la mira de reanimar en los marchitos corazones de los cristianos, los sentimientos de que deben estar penetrados hácia la más tierna de las madres.

En el mes de Mayo continua celebrando la Iglesia el tiempo pasqual; tiempo de júbilo para los fieles y de gozo para la Madre del Redentor, por recordar el misterio de la gloriosa Resurreccion de su Hijo. ¡Cuántas angustias habian oprimido el corazon de esta divina Madre! Pero, luego trueca su traje de luto en vestidura de gloria: el Hijo querido, que le habia dirigido por última vez la palabra, diciéndole, al mismo tiempo que designaba á Juan: *Mujer, he ahí á tu hijo*, cuando iba á dejar el mundo para volver al lado de su Padre; ese Hijo querido triunfa para siempre de la malicia y de la muerte, presentándose á su Madre resucitado y radiante de gloria, llamándola MADRE. ¿Quién puede ponderar el júbilo de María, al ver á su Hijo resucitado, glorioso y coronado de celeste auréola? Este misterio de incomparable alegría continúa celebrándolo la Iglesia en este período que corre. Por esta razon, por lo tanto, el mes de Mayo debe ser del agrado de la bienaventurada Madre del Redentor.

No es ménos oportuno y loable el haberse establecido esta devocion especial á la Santísima Virgen, para apartar á los fieles de las diversiones peligrosas á que se presta la primavera. El mes de Mayo, por la serenidad del cielo, por la expansion de la naturaleza, por el espectáculo fascinador de una restauracion general, estimula á los hombres. Los campos, las riberas, todo tiene un atractivo irresistible. Los paseos, las reuniones, las conversaciones, todo halaga. Más aún: el período que atravesamos es terrible, en cuanto fomenta los movimientos impetuosos del alma, las fuertes sensaciones del corazon, la vaguedad indefinible del pensamiento. Para preservarnos, pues, de semejantes peligros á que está expuesta la inocencia, la Iglesia nos ofrece como singular remedio la devocion del mes de María, convidándonos á entrar en el templo, y ocupar aquí algun espacio en presencia de la Virgen. ¡Qué hermoso espectáculo se nos presenta! Los aromas que la tierra exhala, la voz armoniosa de las aves que pueblan las campiñas rejuvenecidas; y los jardines odoríferos, la voz misteriosa de la tierra, que parece celebrar su renacimiento á una vida nueva y convidar al género humano á la esperanza; vienen á formar coro el pie del altar de María, adornado de flores y radiante de luz, con los alegres conciertos, los sencillos cánticos, los homenajes que se apresuran á

rendir á la más cariñosa, á la más amable y á la más querida de las madres sus numerosos hijos, deseosos de verla y saludarla cada día! ¡Cuán tierna es la devocion del mes de María! Ved cómo pone en movimiento todas las almas sensibles y piadosas de nuestras ciudades y hasta de nuestras aldeas. Para adornar el altar de la dulce Madre, y colocar su venerada imágen sobre un asiento de flores y verdura, cogen los niños en los prados la humilde violeta, cortan en los jardines la purpúrea rosa y la blanca azucena; las jóvenes forman guirnaldas y coronas embalsamadas; todos, á porfía, cooperan al adorno del trono de su augusta Soberana. ¡Decidme, pues, amados hermanos míos, si estas santas ocupaciones, estos sentimientos tan dignos, este celo por la magnificencia del culto, los acordes cánticos, la iluminacion profusa, las preces de todo un pueblo, en el que se confunden las edades y las clases, no son uno de los más santos y eficaces medios de apartar á los fieles de las peligrosas diversiones propias de la estacion presente? Consideremos, ahora, el fin de esta devocion.

El principal objeto de esta devocion es: movernos, 1.º, á meditar los misterios de la bienaventurada Virgen María; 2.º á admirar é imitar sus virtudes. Honrar á María con esplendor y magnificencia, pero con recogimiento y meditacion; ensalzarla, cantando sus loores, pero tambien meditando sus admirables virtudes; cobrar cariño á esas mismas virtudes suyas, pero esforzándonos para introducir la práctica de las mismas en todos nuestros actos; á extender y popularizar cada día más el culto de la Santísima Virgen; á estudiar, por último, los sublimes ejemplos de su vida, para seguir sus huellas adelantando en los caminos del Señor; he ahí, pues, el objeto de esta devocion. ¿Podrá negarse que es sublime?

Pero, á más de sublime es santo, y ésta santidad se desprende de la imitacion de las virtudes de la Santísima Virgen. Las virtudes que admiramos, y que queremos imitar en María, son: la humildad, la resignacion, el amor á la pobreza, la laboriosidad, el fervor en la oracion, la pureza, el amor al silencio, la paciencia en los dolores, la caridad... María, considerada como niña, doncella y mujer, pertenece á una familia pobre y real, á veces la más feliz de los mortales, y otras la más atribulada de las madres; ofrece á las personas de todas edades un perfecto modelo, y á las de toda clase un perfecto ejemplo. ¡Oh! Si la vida y la historia de los santos han producido tan notable fruto en las almas, ¿cuánto no producirán, en punto á perfeccion, la santa historia de la Madre de Dios?

Siempre se ha mostrado y se muestra altamente solícita para socorrer á los que la invocan; pero, especialmente, en estos días de gracia se complace en derramar sobre todos las más señaladas mercedes. Este es, hermanos míos, el tiempo de pedirlo y alcanzarlo todo. No podemos formarnos una idea bastante exacta del poder de María Santísima, y de su deseo de atender á nuestras súplicas. La pedimos poco, y ese poco no se lo pedimos con suficiente confianza, perseverancia é insistencia. Dilatemos, pues, nuestro corazón, extendamos nuestros deseos, multipliquémoslos, y María los llenará. Los beneficios que María os dispensará en el mes de Mayo, son de dos clases: beneficios temporales, esto es, prosperidad en vuestros negocios, bendiciones sobre vuestra familia, honor, buena fama, salud, feliz éxito en vuestros planes, todo en cuanto pueda servir á vuestro bienestar; beneficios espirituales, esto es, aumento de devoción, dón de la perseverancia, indulgencias..... No pudiendo tratar extensamente de todos estos felices resultados, me concretaré á hablaros del dón de perseverancia. La devoción á María es señal de predestinación. San Anselmo y S. Antonino aseguran terminantemente, ser imposible que el verdadero devoto de María se condene. En conformidad á esta doctrina, podemos afirmar, que la santísima Virgen alcanza para sus devotos el dón de perseverancia, prenda segura de salvación. Pues bien: María nos concederá, sin duda, esta singular merced, si durante el mes de Mayo sabemos invocarla, amarla, y rogarla debidamente, y si no omitimos ninguna de las santas prácticas que se nos aconsejan, consagrándonos para siempre á su servicio.

Voy ahora á reducir á breves frases los importantes y saludables frutos que debemos recoger de este mes: 1.º Aumentar más y más nuestra devoción á la Santísima Virgen; 2.º Adelantar en la práctica de las virtudes que vemos practicadas ejemplarmente por María. Grande es nuestra devoción á María: la amamos, la imitamos, acudimos á Ella, empleando estos tres distintos modos de rendirle culto diario. Pero ¿no os parece que puede hacerse algo más? ¿Llevais al más alto punto las tres manifestaciones de vuestra devoción á la Madre de Dios, esto es, el amor, la invocación y la imitación?

¡Madre! No hay nombre que pronuncien con más agrado los labios y el corazón. Una madre es el tierno símbolo de la bondad, de la mansedumbre, de la abnegación, del sacrificio. Pues bien: María es Madre, Madre del Salvador, con justicia llamado su Primogénito; y Madre nuestra también, por cuanto la Encarnación nos ha elevado á todos á la dignidad de hermanos de Jesús, Siendo Madre nuestra,

es, igualmente, por una feliz é inevitable consecuencia, nuestro refugio en las miserias, nuestra bienhechora en las necesidades, nuestra protectora en el infortunio, y nuestra abogada ante el tribunal divino. El Redentor nos concedió todos esos bienes á la vez, pronunciando aquella palabra fecunda y memorable, que salió de sus divinos labios ántes de exhalar el postrer suspiro: *Ecce mater tua*. Pero ¿somos dignos hijos de tal Madre por nuestro corazón, por nuestros sentimientos y por nuestro afecto? Amáis á la Santísima Virgen, así lo decís, á lo ménos, y dais testimonio de ello en el mero hecho de asistir á estas devotas funciones; mas ¿cómo la amáis? ¿adónde alcanza vuestro amor? ¿La amáis hasta el punto de sacrificar algo por su devoción, hasta el punto de abrigar un fervoroso celo por su culto, hasta el punto de comunicar ese mismo amor á los corazones de las personas con quienes tratais? ¿No son acaso pasajeros vuestros arranques de ternura? ¿No son fugaces vuestros suspiros? ¿No es cierto que vuestra alma experimenta el cansancio y la tibieza en cuanto os separais de la presencia de María? ¡Oh! vuestro amor es efímero, es ligero como vuestra imaginación, é inconstante como vuestro deseo. Procurad, por lo tanto, durante el mes que va á principiar, de arraigar en vosotros este amor para que no desaparezca. Ya que el mes de María ha sido una institución inspirada por el amor celestial, contribuyamos á que la devoción de este mes avive en nuestro corazón el más ardiente amor á tan cariñosa Madre. Si, Virgen Santísima, nosotros te amaremos más y más; cada uno de los ejercicios, al recordarnos tu bondad y misericordia, infundirá más ternura y amor á nuestras almas, de suerte, que, en adelante, nuestras palabras pronunciadas al pie de tu altar, no serán más que fruto de nuestro amor.

Ensalzaremos á María durante el mes de Mayo con himnos y loores; cantaremos sus prerogativas y grandezas; honraremos sus imágenes, y cuidaremos de engalanarlas como los ángeles, como el mismo Jesucristo adorna su trono en el Empíreo. Oiremos con placer lo que se nos refiera acerca de las maravillas que su poder realiza en la Iglesia, y, sobre todo, formaremos un ramillete de piadosos pensamientos, de santos deseos, de afectos nobles, de suspiros y oraciones; ramillete que presentaremos á María, para que lo acepte y lo bendiga. Nuestras súplicas dirigidas á la Santísima Virgen han sido, hasta ahora, poco frecuentes, lánguidas y no siempre espirituales; sean durante este mes, y siempre más, continuas, afectuosas y santas; porque necesitamos tu auxilio, oh poderosa Reina del Cielo, para llegar hasta el trono de Dios.

No es esta la primera vez que damos principio á los santos ejercicios del mes de María; en los años precedentes tambien nos dedicamos á ellos con satisfacion y religioso estímulo. Pero ¿qué frutos de virtud hemos recogido? Desde su trono celestial nos dirige María las palabras que Jesús dirigió á sus discípulos: *Exemplum dedi vobis* (1). Os he dado ejemplos para que los imiteis. Observad mi vida: pasé mi infancia en el Templo; pasé mi juventud y una parte de mi edad madura, en la oscuridad de Nazareth, hasta que sobrevinieron las angustias del Calvario y mi soledad en esta tierra de lágrimas. En todas mis situaciones os he dado ejemplos. Igual enseñanza nos proporciona, particularmente, el mes Mayo. Los ministros de Dios, siguiendo el espíritu de la Iglesia y de esta devocion, os hablarán, en sus discursos, de los misterios de la admirable vida de la Madre de Dios: en este concepto, tambien podrán decirnos: *Exemplum dedi vobis*. ¿Quereis, pues, ser dignos de la proteccion y del amor de María? Fijad los ojos en Ella, procurad pareceros á vuestro modelo. Una madre ama, por lo regular, con más ternura al hijo que más se le parece. El secreto de esta predileccion, que ella querría disimularse á sí misma, consiste en que descubre su propia imágen en el hijo á quien ama. Así, pues, si deseamos ser hijos privilegiados de María Santísima, imitemos en nuestra vida sus virtudes. Este culto es el más agradable á su corazon, y el más útil para nuestras almas.

Oid, hermanos míos, la voz de Dios durante el feliz período del mes de Mayo. Venid con devocion al pié del altar de esa Virgen misericordiosa, á quien la Iglesia apellida con justo motivo: Refugio de pecadores; y pedidle con insistencia la conversion de todos vuestros hermanos, que hasta ahora no han correspondido á las inspiraciones de la divina gracia. «María facilita los tesoros de la misericordia de Dios, decia S. Bernardo, cuándo quiere, cómo quiere, y á favor de quien quiere.» No trascurrirán, ciertamente, estos días consagrados á su honor, sin que la celestial Espigadera, como la llama un santo padre, haya recogido algunas espigas olvidadas en la siega. ¡Cuánta será nuestra alegría si hemos logrado salvar, por la intercesion de la Santísima Virgen, á algun hermano nuestro!

¡Oh dulcísima Madre del Salvador y Madre nuestra! todos nosotros, sin distincion de clases ni de condiciones, clero y fieles, vendremos con el mayor afecto á postrarnos al pié de tu altar; y Tú, Señora, te dignarás oír nuestras oraciones, complacerte en nuestros cánticos,

(1) JOAN, 23, v. 15.

aceptar las coronas de flores que te ofreceremos, y, principalmente, la ofrenda de nuestros corazones. Tiemblan ante Ti las potencias del abismo, y tu brazo apartará de nuestras cabezas las tormentas que ponen en riesgo nuestra salvacion, señalándonos los escollos del mar del mundo, donde tan frecuentes son los naufragios, y haciendo que evitemos los lazos de Satanás. MADRE ERES DE LA SANTA ESPERANZA: por eso dilataremos nuestros corazones; y al recordar tu conocida misericordia á favor de esta feligresia, y tu proteccion á la santa Iglesia en general, repetiremos con absoluta confianza, en estos días de trastornos y de luchas: Nos acogemos á tu proteccion, santísima Madre de Dios; no deseches nuestras súplicas en las necesidades que nos apremian; libranos, al contrario, de todo peligro, ¡oh gloriosísima y benditísima Virgen!